

31ª CONFERENCIA.

LA DESCOMPOSICIÓN DE LA PERSONALIDAD PSÍQUICA.

SIGMUND FREUD



E N A P

**ESCUELA
NACIONAL
DE ARTES
PLÁSTICAS**

**DISEÑO Y COMUNICACIÓN
VISUAL**

TEORÍA DE LA IMAGEN I

PROFRA. OLIVIA CHÁVEZ LÓPEZ

31ª CONFERENCIA.

LA DESCOMPOSICIÓN DE LA PERSONALIDAD PSÍQUICA¹

Señoras y señores: Sé que en sus vínculos con personas o cosas ustedes advierten la significación del punto de partida. Le ocurrió también al psicoanálisis: en modo alguno fue indiferente para su ulterior desarrollo, ni para la acogida que tuvo, iniciar su trabajo por el síntoma, lo más ajeno al yo que se encuentre en el interior del alma. El síntoma proviene de lo reprimido, es por así decir su subrogado ante el yo; ahora bien, lo reprimido es para el yo tierra extranjera, una tierra extranjera interior, así como la realidad –permítanme la expresión insólita– es tierra extranjera exterior. Desde el síntoma, el sendero llevó a lo inconciente, a la vida pulsional, a la sexualidad, y fue la época en que el psicoanálisis tuvo que oír las agudas objeciones de que el ser humano no es mera criatura sexual, conoce también mociones más nobles y elevadas. Habríase podido agregar que empinándose en la conciencia de esas mociones superiores se arroja hartas veces la facultad de pensar dislates y descuidar hechos.

Ustedes tienen un mejor conocimiento; desde el comienzo mismo se sostuvo entre nosotros que el ser humano enferma a raíz del conflicto entre las exigencias de la vida pulsional y la resistencia que dentro de él se eleva contra ellas, y en ningún momento habíamos olvidado a esa instancia que resiste, rechaza, reprime, a la que imaginábamos dotada de sus fuerzas particulares, las pulsiones yoicas, y que coincidía justamente con el yo de la psicología popular. Sólo que en el arduo progresar del trabajo científico tampoco el psicoanálisis pudo estudiar todos los campos de manera simultánea ni pronunciarse de un solo aliento sobre todos los problemas. Al fin se hubo avanzado lo suficiente para apartar la atención de lo reprimido y dirigirla a lo represor; entonces nos enfrentamos a ese yo, que parecía ser tan evidente, con la expectativa cierta de hallar también ahí cosas para las cuales uno no podía estar preparado. Pero no fue fácil hallar un primer acceso. Sobre esto quiero informarles hoy.

Debo, sin embargo, formular mi conjetura de que esta exposición mía de la psicología del yo les producirá un efecto diverso que su antecesora, la introducción en el mundo psíquico subterráneo. No sé con certeza por qué habría de ser así. En primer lugar, hallarán, creo, que antes les informé sobre todo acerca de hechos, si bien ajenos y raros, mientras que esta vez escucharán principalmente concepciones, o sea especulaciones. Pero esto no da en el blanco; considerándolo mejor, debo afirmar que la parte del procesamiento conceptual del material de hechos no es mucho mayor en nuestra psicología del yo de lo que fue en la psicología de las neurosis. También me vi forzado a desestimar otros fundamentos posibles de mi expectativa; ahora creo que ello se debe de algún modo al carácter del material mismo y a nuestra falta de costumbre de tratar con él. Comoquiera que fuese, no me asombrará que se muestren ustedes en su juicio todavía más reservados y prudentes que hasta el momento.

¹ [La mayor parte del contenido de esta conferencia se tomó de los capítulos I, II, III y V de *El yo y el ello* (1923b), con algunos agregados.]

La situación en que nos hallamos al comienzo de nuestra indagación debe enseñarnos por sí misma el camino. Queremos tomar como asunto de ella al yo, a nuestro yo más propio. Pero, ¿es posible hacerlo? El yo es por cierto el sujeto más genuino: ¿cómo podría devenir objeto? Ahora bien, sin duda ello es posible. El yo puede tomarse a sí mismo por objeto, tratarse como a los otros objetos, observarse, criticarse, y Dios sabe cuántas otras cosas podrá emprender consigo mismo. Para ello, una parte del yo se contrapone al resto. El yo es entonces escindible, se escinde en el curso de muchas de sus funciones, al menos provisionalmente. Los fragmentos parcelados pueden reunificarse luego. Esto no es ninguna novedad, acaso no es sino una desacostumbrada insistencia en cosas consabidas. Por otra parte, estamos familiarizados con la concepción de que la patología, mediante sus aumentos y engrosamientos, puede llamarnos la atención sobre constelaciones normales que de otro modo se nos escaparían. Toda vez que nos muestra una ruptura o desgarradura, es posible que normalmente preexistiera una articulación. Si arrojamos un cristal al suelo se hace añicos, pero no caprichosamente, sino que se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandado ya por la estructura del cristal. Unas tales estructuras desgarradas y hechas añicos son también los enfermos mentales. Tampoco nosotros podemos deneugarles algo del horror reverencial que los pueblos antiguos testimoniaban a los locos. Ellos se han extrañado de la realidad exterior, pero justamente por eso saben más de la realidad interior, psíquica, y pueden revelarnos muchas cosas que de otra manera nos resultarían inaccesibles. De un grupo de estos enfermos decimos que padecen el delirio de ser observados. Se nos quejan de que sin cesar, y hasta en su obrar más íntimo, son fastidiados por la observación de unos poderes desconocidos, aunque probablemente se trata de personas; y por vía alucinatoria oyen cómo esas personas anuncian los resultados de su observación: «Ahora va a decir eso, se viste para salir, etc.». Esa observación no es por cierto idéntica a una persecución, pero no está muy lejos de esta; presupone que se desconfía de ellos, que se espera sorprenderlos en acciones prohibidas por las que deben ser castigados. ¿Qué tal si estos locos tuvieran razón, si en todos nosotros estuviera presente dentro del yo una instancia así, que observa y amenaza con castigos, con la sola diferencia de que en ellos se habría separado más tajantemente del yo y desplazado de manera errónea a la realidad exterior?

No sé si a ustedes les pasa lo mismo que a mí. Después que bajo la fuerte impresión de este cuadro patológico hube concebido la idea de que la separación de una instancia observadora del resto del yo podía ser un rasgo regular dentro de la estructura del yo, esa idea no me abandonó más, y me vi empujado a investigar los otros caracteres y nexos de la instancia así separada. Enseguida se da el paso siguiente. Ya el contenido del delirio de observación sugiere que el observar no es sino una preparación del enjuiciar y castigar, y así colegimos que otra función de esa instancia tiene que ser lo que llamamos nuestra conciencia moral. No parece que dentro de nosotros haya algo que separemos de nuestro yo de manera tan regular y lo contraponamos a él tan fácilmente como lo hacemos con nuestra conciencia moral. Siento la inclinación de hacer algo que me promete un placer, pero lo omito con el fundamento de que mi conciencia moral no lo permite. O bien la hipertrófica expectativa de placer me movió a hacer algo contra lo cual elevó su veto la voz de la conciencia moral, y tras el acto ella me castiga con penosos reproches, me hace sentir el arrepentimiento por él. Podría decir simplemente que la instancia particular que empiezo a distinguir dentro del yo es la conciencia moral, pero es más prudente considerar autónoma esa instancia, una de cu-

yas funciones sería la conciencia moral y otra la observación de sí, indispensable como premisa de la actividad enjuiciadora de la conciencia moral. Y como cumple al reconocimiento de una existencia separada dar a la cosa un nombre propio, designaré en lo sucesivo «superyó» a esa instancia situada en el interior del yo.

Ahora estoy preparado para que me pregunten irónicamente si nuestra psicología del yo se limita a tomar al pie de la letra abstracciones en uso y engrosarlas, mudarlas de conceptos en cosas, con lo cual no se ganaría mucho. Respondo que en la psicología del yo será difícil evitar lo consabido; se tratará más de concepciones y ordenamientos novedosos que de nuevos descubrimientos. Quédense por ahora con su crítica desvalorizadora, y esperen los próximos desarrollos. Los hechos de la patología proporcionan a nuestros empeños un cañamazo que en vano buscarían ustedes en la psicología popular. Prosigo, pues. No bien nos hemos familiarizado con la idea de un superyó así concebido, que goza de cierta autonomía, persigue sus propios propósitos y es independiente del yo en cuanto a su patrimonio energético, se nos impone un cuadro patológico que ilustra de manera patente la severidad, hasta la crueldad, de esa instancia, así como las mudanzas de su vínculo con el yo. Me refiero al estado de la melancolía,² más precisamente del ataque melancólico, del cual ustedes sin duda habrán oído bastante aunque no sean psiquiatras. El rasgo más llamativo de esta enfermedad, acerca de cuya causación y mecanismo sabemos muy poco, es el modo en que el superyó –digan ustedes sólo para sí: la conciencia moral– trata al yo. Mientras que en sus períodos sanos el melancólico puede ser más o menos severo consigo mismo, como cualquier otra persona, en el ataque melancólico el superyó se vuelve hipersevero, insulta, denigra, maltrata al pobre yo, le hace esperar los más graves castigos, lo reprocha por acciones de un lejano pasado que en su tiempo se tomaron a la ligera, como si durante todo ese intervalo se hubiera dedicado a reunir acusaciones y sólo aguardara su actual fortalecimiento para presentarse con ellas y sobre esa base formular una condena. El superyó aplica el más severo patrón moral al yo que se le ha entregado inerme, y hasta subroga la exigencia de la moralidad en general; así, aprehendemos con una mirada que nuestro sentimiento de culpa moral expresa la tensión entre el yo y el superyó. Es una experiencia muy asombrosa ver como un fenómeno periódico [en dichos pacientes] a esa moralidad que supuestamente nos ha sido otorgada e implantada tan hondo por Dios. En efecto, trascurrido cierto número de meses el alboroto moral pasa, la crítica del superyó calla, el yo es rehabilitado y vuelve a gozar de todos los derechos humanos hasta el próximo ataque. Y aun en muchas formas de la enfermedad se produce en los períodos intermedios algo contrario; el yo se encuentra en un estado de embriaguez beatífica, triunfa como si el superyó hubiera perdido toda fuerza o hubiera confluido con el yo, y este yo liberado, maníaco, se permite de hecho, desinhibidamente, la satisfacción de todas sus concupiscencias. He ahí unos procesos que rebosan de enigmas irresueltos.

Esperarán ustedes, por cierto, algo más que una mera ilustración si les anuncio que hemos aprendido muchas cosas acerca de la formación del superyó, o sea, sobre la génesis de la conciencia moral. Apoyándose en una famosa sentencia de Kant, que pone en relación la conciencia moral en nosotros con el cielo estrellado,* una persona piadosa muy bien podría sentir la tentación de venerar a ambos como las piezas maestras de la Creación. Las estrellas son sin duda algo grandioso, pero por lo que atañe a la conciencia moral, Dios ha realizado un trabajo desigual y negligente, pues una gran mayoría de los seres humanos no la han recibido sino en escasa medida, o no en la sufi-

² [En la terminología moderna se hablaría probablemente de «depresión».]

* {Kant, Crítica de la razón práctica, «Conclusión», primer párrafo.}

ciente para que valga la pena hablar de ella. En modo alguno desconocemos la parte de verdad psicológica contenida en la afirmación de que la conciencia moral es de origen divino, pero la tesis requiere interpretación. Si la conciencia moral es sin duda algo «en nosotros», no lo es desde el comienzo. Es en esto un opuesto de la vida sexual, que efectivamente está ahí desde el comienzo de la vida y no viene a agregarse sólo más tarde. Pero el niño pequeño es notoriamente amoral, no posee inhibiciones internas contra sus impulsos que quieren alcanzar placer. El papel que luego adopta el superyó es desempeñado primero por un poder externo, la autoridad parental. El influjo de los progenitores rige al niño otorgándole pruebas de amor y amenazándolo con castigos que atestiguan la pérdida de ese amor y no pueden menos que temerse por sí mismos. Esta angustia realista es la precursora de la posterior angustia moral;³ mientras gobierna, no hace falta hablar de superyó ni de conciencia moral. Sólo más tarde se forma la situación secundaria que estamos demasiado inclinados a considerar la normal: en el lugar de la instancia parental aparece el superyó que ahora observa al yo, lo guía y lo amenaza, exactamente como antes lo hicieron los padres con el niño.

Ahora bien, el superyó, que de ese modo toma sobre sí el poder, la operación y hasta los métodos de la instancia parental, no es sólo el sucesor de ella, sino de hecho su legítimo heredero. Proviene de ella en línea directa; pronto averiguaremos mediante qué proceso. Pero antes debemos considerar una discordancia entre ambos. El superyó, en una elección unilateral, parece haber tomado sólo el rigor y la severidad de los padres, su función prohibidora y punitiva, en tanto que su amorosa tutela no encuentra recepción ni continuación algunas. Si los padres ejercieron de hecho un severo gobierno, creemos lógico hallar que también en el niño se ha desarrollado un superyó severo, pero la experiencia enseña, contra nuestra expectativa, que el superyó puede adquirir ese mismo carácter de rigor despiadado aunque la educación fuera indulgente y benévola, y evitara en lo posible amenazas y castigos. Volveremos sobre esta contradicción más adelante, cuando tratemos acerca de las trasposiciones pulsionales en la formación del superyó. [CF. Pág. 101]

En cuanto a la trasmudación del vínculo parental en el superyó no puedo decirles tanto como me gustaría, en parte porque ese proceso es tan enmarañado que su exposición no cabe en los marcos de una introducción como esta que pretendo ofrecerles, y en parte porque nosotros mismos no creemos haberlo penetrado por completo. Confórmense entonces con las siguientes indicaciones. La base de este proceso es lo que se llama una «identificación», o sea una asimilación de un yo a un yo ajeno, a consecuencia de la cual ese primer yo se comporta en ciertos aspectos como el otro, lo imita, por así decir lo acoge dentro de sí. Se ha comparado la identificación, y no es desatinado, con la incorporación oral, canibálica, de la persona ajena. La identificación es una forma muy importante de la ligazón con el prójimo, probablemente la más originaria; no es lo mismo que una elección de objeto. Podemos expresar la diferencia más o menos así: cuando el varoncito se ha identificado con el padre, quiere ser como el padre; cuando lo ha hecho objeto de su elección, quiere tenerlo, poseerlo. En el primer caso su yo se alterará siguiendo el arquetipo del padre; en el segundo, ello no es necesario. Identificación y elección de objeto son en vasta medida independientes entre sí; empero, uno puede identificarse con la misma persona a quien se tomó, por ejemplo, como objeto sexual, alterar su yo de acuerdo con ella. Suele decirse que el influjo del objeto sexual sobre el yo se produce con particular frecuencia en las mujeres y es característico de la femineidad. En cuanto al que es con mucho el más instructivo de los nexos entre identificación y elección de objeto, ya tengo que haberles hablado en las anteriores conferencias. Es que se lo observa con harta facili-

³ [Esta cuestión había sido considerada en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), AE, 20, pág. 122, y con más detalle en los capítulos VII y VIII de *El malestar en la cultura* (1930a).]

dad así en niños como en adultos, en personas normales como en enfermas. Si uno ha perdido un objeto o se ve precisado a resignarlo, es muy común que uno se resarza identificándose con él, erigiéndolo de nuevo dentro de su yo, de suerte que aquí la elección de objeto regresa, por así decir, a la identificación.⁴

Ni yo mismo estoy del todo satisfecho con estas puntualizaciones acerca de la identificación, pero basta con que les parezca posible concederme que la institución del superyó se describa como un caso logrado de identificación con la instancia parental. Ahora bien, el hecho decisivo en favor de esta concepción es que esa creación nueva de una instancia superior dentro del yo se enlaza de la manera más íntima con el destino del complejo de Edipo, de modo que el superyó aparece como el heredero de esta ligazón de sentimientos tan sustantiva para la infancia. Lo comprendemos: con la liquidación {Auflösen} del complejo de Edipo el niño se vio precisado a renunciar también a las intensas investiduras de objeto que había depositado en los progenitores, y como resarcimiento por esta pérdida de objeto se refuerzan muchísimo dentro de su yo las identificaciones con los progenitores que, probablemente, estuvieron presentes desde mucho tiempo atrás. Tales identificaciones, en su condición de precipitados de investiduras de objeto resignadas, se repetirán luego con mucha frecuencia en la vida del niño; pero responde por entero al valor de sentimiento de ese primer caso de una tal trasposición que su resultado llegue a ocupar una posición especial dentro del yo. Una indagación más honda nos enseña también que el superyó resulta mutilado en su fuerza y configuración cuando el complejo de Edipo se ha superado sólo de manera imperfecta. En el curso del desarrollo, el superyó cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, vale decir, educadores, maestros, arquetipos ideales. Lo normal es que se distancie cada vez más de los individuos parentales originarios, que se vuelva por así decir más y más impersonal. No olvidemos tampoco que el niño aprecia a sus padres de manera diferente en diversos períodos de su vida. En la época en que el complejo de Edipo deja el sitio al superyó, ellos son algo enteramente grandioso; más tarde menguan mucho. También con estos padres posteriores se producen después identificaciones, pero lo común es que ellas brinden importantes contribuciones a la formación del carácter; en tal caso, afectan sólo al yo, y no influyen más sobre el superyó, que ha sido comandado por las primerísimas imagos parentales.⁵

Espero ya tengan la impresión de que nuestra postulación del superyó describe real y efectivamente una constelación estructural, y no se limita a personificar una abstracción como la de la conciencia moral. Mencionaremos todavía una importante función que adjudicamos a ese superyó. Es también el portador del ideal del yo con el que el yo se mide, al que aspira a alcanzar y cuya exigencia de una perfección cada vez más vasta se empeña en cumplir. No hay duda de que ese ideal del yo es el precipitado de la vieja representación de los progenitores, expresa la admiración por aquella perfección que el niño les atribuía en ese tiempo.⁶

Sé que han oído hablar mucho del sentimiento de inferioridad que distinguiría justamente a los neuróticos. Se hace bulla con él sobre todo en las llamadas «bellas letras». Un escritor que usa el

⁴ [En verdad, sólo hay una breve alusión a esto en la 26ª de las Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17), AE, 16, pág. 388. La identificación se trató en el capítulo VII de Psicología de las masas y análisis del yo (1921c), AE, 18, págs. 99 y sigs., y la formación del superyó, en el capítulo III de El yo y el ello (1923b), AE, 19, págs. 30 y sigs.]

⁵ [Freud examinó esto en «El problema económico del masoquismo» (1924c), AE, 19, pág. 173; digamos de paso que allí nos ocupamos, en una nota al pie, de su uso del término «imago».]

⁶ [Este pasaje es algo oscuro, sobre todo respecto de la frase «der Träger des Ichideals» {«el portador del ideal del yo»}. Al introducir el concepto de «ideal del yo» en su trabajo sobre el narcisismo (1914c), Freud lo distinguió de «una instancia psíquica particular cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y que con ese propósito observase de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal» (AE, 14, pág. 92). Análogamente, en la 26ª de las Conferencias de introducción (1916-17), AE, 16, pág. 390, dice que el sujeto «siente en el interior de su yo el reinado de una instancia que mide su yo actual y cada una de sus actividades con un yo ideal, que él mismo se ha creado en el curso de su desarrollo». En algunos escritos de Freud posteriores a esas conferencias no es tan nítido este distinguo entre el ideal y la instancia que lo pone en práctica. Tal vez aquí quiso restablecerlo identificando dicha instancia con el superyó. Consideraciones similares plantea el uso de «Idealfunktion» {«función de ideal»} tres párrafos más adelante. Este punto es tratado en mi «Introducción» a El yo y el ello (1923b), AE, 19, pág. 10.]

término «complejo de inferioridad» cree haber satisfecho todos los requerimientos del psicoanálisis y elevado su exposición a un nivel psicológico superior. En realidad, la artificiosa expresión «complejo de inferioridad» apenas si se usa en el psicoanálisis. Para nosotros no significa algo simple, y menos aún algo elemental. Reconducirla a la autopercepción de cualesquiera mutilaciones de órgano, como gusta hacerlo la escuela de la llamada «psicología individual», nos parece un miope error.⁷ El sentimiento de inferioridad tiene fuertes raíces eróticas. El niño se siente inferior cuando nota que no es amado, y lo mismo le sucede al adulto. El único órgano considerado de hecho inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la niña.⁸ Pero lo principal del sentimiento de inferioridad proviene del vínculo del yo con su superyó y, lo mismo que el sentimiento de culpa, expresa la tensión entre ambos. En general, es difícil distinguir entre sentimiento de inferioridad y sentimiento de culpa. Acaso se haría bien en ver en el primero el complemento erótico del sentimiento de inferioridad moral. En el psicoanálisis hemos prestado poca atención a este problema de deslinde conceptual.

Justamente por la gran popularidad que ha alcanzado el complejo de inferioridad me permito entretenerlos aquí con una breve digresión. Una personalidad histórica de nuestro tiempo, que aún vive, pero en la actualidad se ha retirado a un segundo plano, conserva cierta atrofia en un miembro por una lesión que sufrió durante su nacimiento. Un escritor muy famoso de nuestros días, que se ha consagrado a las biografías de personas sobresalientes, trató también la vida de este hombre que acabo de mencionar.⁹ Ahora bien, parece sin duda difícil sofocar la necesidad de ahondamiento psicológico cuando se escribe una biografía. Por eso nuestro autor se aventuró a edificar todo el desarrollo de carácter de su héroe sobre el sentimiento de inferioridad que su defecto físico no habría podido menos que provocarle. Al hacerlo pasó por alto un hecho pequeño, pero no carente de importancia. Lo común es que la madre a quien el destino ha deparado un hijo enfermo o con alguna otra tacha busque resarcirlo de esa injusta desventaja mediante un exceso de amor. En el caso en cuestión la orgullosa madre se comportó de otro modo: privó de su amor al hijo debido a su deformidad. Cuando el niño se convirtió en un hombre de gran poder, probó de manera inequívoca con sus acciones que nunca había perdonado a su madre. Si ustedes se percatan del valor del amor materno para la vida anímica del niño, corregirán sin duda mentalmente la teoría de la inferioridad, sustentada por el biógrafo.

Volvamos al superyó. Le hemos adjudicado la observación de sí, la conciencia moral y la función de ideal. De nuestras puntualizaciones sobre su génesis se desprende que tiene por premisas un hecho biológico de importancia sin igual y un hecho psicológico ineluctable: la prolongada dependencia de la criatura humana de sus progenitores, y el complejo de Edipo; a su vez, ambos hechos se enlazan estrechamente entre sí. El superyó es para nosotros la subrogación de todas las limitaciones morales, el abogado del afán de perfección; en suma, lo que se nos ha vuelto psicológicamente palpable de lo que se llama lo superior en la vida humana. Como él mismo se remonta al influjo de los padres, educadores y similares, averiguaremos algo más todavía acerca de su significado si nos volvemos a estas fuentes suyas. Por regla general, los padres y las autoridades análogas a ellos obedecen en la educación del niño a los preceptos de su propio superyó. No importa cómo se haya arreglado en ellos su yo con su superyó; en la educación del niño se muestran rigu-

⁷ [Las opiniones de esta escuela se discuten en la 34ª conferencia, AE, 22, págs. 130 y sigs.]

⁸ [Véase una nota al pie agregada por Freud a su artículo sobre la diferencia anatómica entre los sexos (1925)], AE, 19, pág. 272.]

⁹ [Emil Ludwig en su libro sobre Guillermo II, publicado en 1926.]

rosos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia infancia, están contentos de poder identificarse ahora plenamente con sus propios padres, que en su tiempo les impusieron a ellos mismos esas gravosas limitaciones. Así, el superyó del niño no se edifica en verdad según el modelo de sus progenitores, sino según el superyó de ellos; se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se han reproducido por este camino a lo largo de las generaciones. Entrevén ustedes qué importante ayuda para comprender la conducta social de los seres humanos (p. ej., la de la juventud desamparada), y acaso indicaciones prácticas para la educación, se obtienen de la consideración del superyó. Es probable que las concepciones de la historia llamadas materialistas pequen por subestimar este factor. Lo despachan señalando que las «ideologías» de los hombres no son más que un resultado y una superestructura de sus relaciones económicas actuales. Eso es verdad, pero muy probablemente no sea toda la verdad. La humanidad nunca vive por completo en el presente; en las ideologías del superyó perviven el pasado, la tradición de la raza y del pueblo, que sólo poco a poco ceden a los influjos del presente, a los nuevos cambios; y en tanto ese pasado opera a través del superyó, desempeña en la vida humana un papel poderoso, independiente de las relaciones económicas. [Cf. Págs. 165 y sigs.]

En 1921 intenté aplicar la diferenciación entre yo y superyó al estudio de la psicología de las masas. Llegué a una fórmula como esta: Una masa psicológica es una reunión de individuos que han introducido en su superyó la misma persona y se han identificado entre sí en su yo sobre la base de esa relación de comunidad.¹⁰ Desde luego, esa fórmula es válida solamente para masas que tienen un conductor. Si poseyéramos más aplicaciones de esta clase, el supuesto del superyó perdería para nosotros su último resto de extrañeza y nos emanciparíamos por completo de la estrechez que nos aqueja todavía cuando, habituados a la atmósfera del mundo subterráneo, nos movemos en los estratos más superficiales, superiores, del aparato anímico. Desde luego, no creemos que con la separación del superyó hayamos dicho la última palabra sobre la psicología del yo. Es más bien un comienzo, pero en este caso no es sólo el comienzo el que cuesta.

Ahora nos aguarda otra tarea, por así decir en el extremo contrapuesto del yo. La suscita una observación realizada en el curso del trabajo analítico, una observación que en verdad es antigua. Como ya ha ocurrido tantas veces, debió pasar mucho tiempo hasta que uno se decidiera a apreciar su valor. Ustedes saben que en realidad toda la teoría psicoanalítica está edificada sobre la percepción de la resistencia que nos ofrece el paciente cuando intentamos hacerle conciente su inconciente. El signo objetivo de la resistencia es que sus ocurrencias se le deniegan o se distancian mucho del tema tratado. El mismo puede discernir la resistencia también subjetivamente si registra sensaciones penosas cuando se aproxima al tema. Pero este último signo puede faltar. Entonces decimos al paciente que, según inferimos de su conducta, se encuentra ahora en estado de resistencia, y él responde que no sabe nada de ella, sólo nota la traba de las ocurrencias. Se demuestra que nosotros teníamos razón, pero, entonces, su resistencia era también inconciente, tan inconciente como lo reprimido en cuyo levantamiento trabajamos. Hace tiempo que se habría debido plantear esta pregunta: ¿De qué parte de su vida anímica procede esa resistencia inconciente? El principiante en el psicoanálisis responderá con ligereza: es justamente la resistencia de lo inconciente. ¡Respuesta ambigua e inutilizable! Si lo que se quiere indicar es que procede de lo reprimido, tene-

¹⁰ [Psicología de las masas (1921c). AE, 18, págs. 109-10]

mos que decir: sin duda que no. A lo reprimido tenemos que atribuirle más bien una intensa pulsión aflorante, un esfuerzo por penetrar en la conciencia. La resistencia sólo puede ser una exteriorización del yo que en su tiempo llevó a cabo la represión y ahora quiere mantenerla. Desde siempre lo hemos concebido así. Puesto que suponemos en el yo una instancia particular que subroga los reclamos de limitación y rechazo, el superyó, podemos afirmar que la represión es la obra de ese superyó, él mismo la lleva a cabo, o lo hace por encargo suyo el yo que le obedece. Entonces, si se da el caso de que en el análisis al paciente no le deviene conciente la resistencia, ello significa o bien que el superyó y el yo pueden trabajar de manera inconciente en situaciones importantísimas, o bien -lo cual sería aún más sustantivo- que sectores de ambos, del yo y el superyó mismos, son inconcientes. Pero en cualquiera de esos dos casos tenemos que darnos por enterados de la desagradable intelección de que (super) yo y conciente, por un lado, y reprimido e inconciente, por el otro, en manera alguna coinciden.

Señoras y señores: Siento la necesidad de tomar aliento, de hacer una pausa que también ustedes considerarán bienvenida, y disculparme antes de proseguir. Quiero proporcionarles complementos de una introducción al psicoanálisis que inicié hace más de quince años, y tengo que comportarme como si en ese intervalo ustedes tampoco hubieran cultivado otra cosa que psicoanálisis. Sé que es una presunción inaudita, pero me encuentro inerme, no puedo obrar de otro modo. Sin duda se debe a la grandísima dificultad de proporcionar una visión del psicoanálisis a quien no es psicoanalista. Créanme que no nos gusta aparecer como vinos sectarios que cultiváramos una ciencia secreta. No obstante, debimos advertir y proclamar como una convicción nuestra que nadie tiene el derecho a pronunciarse sobre el psicoanálisis si no ha adquirido determinadas experiencias que sólo pueden conseguirse sometiéndose uno mismo a un análisis. Cuando quince años atrás les dicté mis conferencias, procuré ahorrarles ciertos fragmentos especulativos de nuestras teorías, pero justamente a ellos se anudan las adquisiciones nuevas de que debo hablarles hoy.

Regreso al tema. En la duda sobre si el yo y el superyó mismos pueden ser inconcientes o sólo despliegan efectos inconcientes, tenemos buenas razones para decidimos en favor de la primera posibilidad. Sí; grandes sectores del yo y del superyó pueden permanecer inconcientes, son normalmente inconcientes. Esto significa que la persona no sabe nada de sus contenidos y le hace falta cierto gasto de labor para hacerlos concientes. Es correcto que no coinciden yo y conciente, por un lado, y reprimido e inconciente, por el otro. Sentimos la necesidad de revisar radicalmente nuestra actitud frente al problema de conciente-ínconciente. Nuestra primera inclinación es depreciar en mucho el valor del criterio de la condición de conciente, puesto que ha demostrado ser muy poco confiable. Pero nos equivocaríamos. Ocurre como con nuestra vida; no vale mucho, pero es todo lo que tenemos. Sin la antorcha de la cualidad «conciencia» nos perderíamos en la oscuridad de la psicología de lo profundo; pero tenemos derecho a ensayar una nueva orientación.

No nos hace falta elucidar lo que debe llamarse conciente, pues está a salvo de cualquier duda. El más antiguo y mejor significado de la palabra «inconciente» es el descriptivo; llamamos inconciente a un proceso psíquico cuya existencia nos vemos precisados a suponer, acaso porque lo deducimos a partir de sus efectos, y del cual, empero, no sabemos nada. Por tanto, nos referimos a él del mismo modo que si se tratara de un proceso psíquico de otro ser humano, salvo que es nuestro. Si queremos expresarnos de manera más correcta aún, modificaremos así el enunciado: llamamos inconciente a un proceso cuando nos vemos precisados a suponer que está activado por

el momento, aunque por el momento no sepamos nada de él. Esta limitación nos lleva a pensar que la mayoría de los procesos conscientes lo son sólo por breve lapso; pronto devienen latentes, pero pueden con facilidad devenir de nuevo conscientes. También podríamos decir que devinieron inconcientes, siempre que estuviéramos seguros de que en el estado de latencia siguen siendo todavía algo psíquico. Hasta este punto no habríamos averiguado nada nuevo, y ni siquiera adquirido el derecho de introducir en la psicología el concepto de un inconciente. Pero entonces se suma la nueva experiencia que podemos hacer ya en las operaciones fallidas. Por ejemplo, para explicar un desliz en el habla nos vemos obligados a suponer que en la persona en cuestión se había formado un propósito determinado de decir algo. Lo colegimos con certeza a partir de la perturbación sobrevenida en el dicho, pero ese propósito no se había impuesto; por tanto, era inconciente. Si con posterioridad se lo presentamos al hablante, puede reconocerlo como uno que le es familiar, en cuyo caso fue inconciente sólo de manera temporaria; o puede desmentirlo como algo ajeno a él, en cuyo caso era inconciente de manera duradera.¹¹ De esa experiencia extraemos en sentido retrocedente el derecho de declarar inconciente también lo designado como latente. Y si ahora tomamos en cuenta estas constelaciones dinámicas, podemos distinguir dos clases de inconciente: una que con facilidad, en condiciones que se producen a menudo, se trasmuda en consciente, y otra en que esta trasposición es difícil, se produce sólo mediante un gasto considerable de labor, y aun es posible que no ocurra nunca. Para evitar la ambigüedad de saber si nos referimos a uno u otro inconciente, si usamos la palabra en el sentido descriptivo o en el dinámico, recurrimos a un expediente simple, permitido. Llamamos «preconciente» a lo inconciente que es sólo latente y deviene consciente con tanta facilidad, y reservamos la designación «inconciente» para lo otro. Ahora tenemos tres términos: consciente, preconciente e inconciente, con los cuales podemos desempeñarnos en la descripción de los fenómenos anímicos, Repitámoslo: desde el punto de vista puramente descriptivo, también lo preconciente es inconciente, pero no lo designamos así excepto en una exposición laxa o cuando nos proponemos defender la existencia misma de procesos inconcientes en la vida anímica.

Espero me concederán que hasta aquí nada de eso es enojoso, y permite un cómodo manejo. Así es; pero, por desdicha, el trabajo psicoanalítico se ha visto esforzado a emplear la palabra «inconciente» aún en un tercer sentido, y es muy probable que esto haya suscitado confusión. Bajo la nueva y poderosa impresión de que un vasto e importante campo de la vida anímica se sustrae normalmente del conocimiento del yo, de suerte que los procesos que ahí ocurren tienen que reconocerse como inconcientes en el genuino sentido dinámico, hemos entendido el término «inconciente» también en un sentido tópico o sistemático, hablado de un sistema de lo preconciente y de lo inconciente, de un conflicto del yo con el sistema *Icc*, y dejado que la palabra cobrara cada vez más el significado de una provincia anímica, antes que el de una cualidad de lo anímico. El descubrimiento, en verdad incómodo, de que también sectores del yo y del superyó son inconcientes en el sentido dinámico produce aquí como un alivio, nos permite remover una complicación. Vemos que no tenemos ningún derecho a llamar «sistema *Icc*» al ámbito anímico ajeno al yo, pues la condición de inconciente no es un carácter exclusivamente suyo. Entonces, ya no usaremos más «inconciente» en el sentido sistemático y daremos un nombre mejor, libre de malentendidos, a lo que hasta ahora designábamos así. Apuntalándonos en el uso idiomático de Nietzsche, y si-

¹¹ [Cf. la 4ª de las Conferencias de introducción (1916-17), AE, 15, pág. 57]

guiendo una incitación de Georg Groddeck [1923],¹² en lo sucesivo lo llamaremos «el ello». Este pronombre impersonal parece particularmente adecuado para expresar el principal carácter de esta provincia anímica, su ajenidad respecto del yo. Superyó, yo y ello son ahora los tres reinos, ámbitos, provincias, en que descomponemos el aparato anímico de la persona, y de cuyas relaciones recíprocas nos ocuparemos en lo que sigue.¹³

Antes de hacerlo, sólo una breve intercalación. Estarán ustedes descontentos por el hecho de que las tres cualidades de la condición de conciente, y las tres provincias del aparato anímico, no se hayan reunido en tres pacíficas parejas; sin duda verán en ello algo así como un deslucimiento de nuestros resultados. Pero yo opino que no deberíamos lamentarlo, sino decirnos que no poseíamos ningún derecho a esperar un ordenamiento tan terso. Permítanme ofrecerles una comparación; es verdad que las comparaciones no demuestran nada, pero pueden hacer que uno se sienta más en su casa. Imagino un país con una variada configuración de su suelo: montes, llanuras y lagos, y con una población mixta, pues en él moran alemanes, magiares y eslovacos, que además desarrollan actividades diversas. Entonces las cosas podrían distribuirse así: en la montaña viven los alemanes, criadores de ganado; en tierra llana, los magiares, que cultivan cereales y viñas; y en los lagos, los eslovacos pescan y trenzan junco. Si esta distribución fuera tersa y no contaminada, regocijaría a un Wilson;¹⁴ también sería muy cómoda para dictar las clases de geografía. Empero, lo probable es que si ustedes recorren la comarca hallen menos orden y más contaminación. Alemanes, magiares y eslovacos viven entreverados por doquier, en la montaña hay también agricultores y en la llanura se cría ganado. Desde luego, algo será como ustedes lo esperaban, pues en el monte no se puede pescar y en el agua no crece la vid. Sin duda, la imagen que tenían de la comarca puede ser la correcta a grandes rasgos; en el detalle, tendrán que admitir divergencias.

No esperen que, acerca del ello, vaya a comunicarles mucho de nuevo excepto el nombre. Es la parte oscura, inaccesible, de nuestra personalidad; lo poco que sabemos de ella lo hemos averiguado mediante el estudio del trabajo del sueño y de la formación de síntomas neuróticos, y lo mejor tiene carácter negativo, sólo se puede describir por oposición respecto del yo. Nos aproximamos al ello con comparaciones, lo llamamos un caos, una caldera llena de excitaciones borboteantes. Imaginamos que en su extremo está abierto hacia lo somático, ahí acoge dentro de sí las necesidades pulsionales que en él hallan su expresión psíquica,¹⁵ pero no podemos decir en qué sustrato. Desde las pulsiones se llena con energía, pero no tiene ninguna organización, no concentra una voluntad global, sólo el afán de procurar satisfacción a las necesidades pulsionales con observancia del principio de placer. Las leyes del pensamiento, sobre todo el principio de contradicción, no rigen para los procesos del ello. Mociones opuestas coexisten unas junto a las otras sin cancelarse entre sí ni debitarse; a lo sumo entran en formaciones de compromiso bajo la compulsión económi-

¹² [Un médico alemán cuyas ideas anticonvencionales suscitaron gran interés en Freud.]

¹³ [En mi «Introducción» a El yo y el ello (1923b), AE, 19, págs. 4-11, reseño la evolución de las ideas de Freud al respecto. Cabe destacar que, con posterioridad a esa obra, sólo utilizó la abreviatura «Icc» aquí y en una única ocasión más, en Moisés y la religión monoteísta (1939a), AE, 23, pág. 92.]

¹⁴ [Señalemos que aproximadamente un año antes de escribir esto, Freud había estado colaborando con W. C. Bullitt, a la sazón embajador norteamericano en Berlín, en el borrador de un estudio psicológico sobre el presidente Wilson, acerca de cuyo discernimiento político Freud tenía opiniones sumamente críticas. Bullitt publicó (en inglés) un estudio sobre Wilson en 1966, reconociendo a Freud como coautor.

Pero aunque la influencia de las ideas de este es bien clara en dicha obra, no parece haber en ella nada efectivamente escrito por Freud, salvo la "Introducción" (Freud, 1966b), cuyo manuscrito alemán se ha conservado y cuya traducción al inglés, tal como aparece en el libro, fue hecha presumiblemente por el propio Bullitt.]

¹⁵ [Freud considera aquí a las pulsiones como algo físico que tendría su representación psíquica en los procesos mentales. Se hallará un amplio examen de esta cuestión en mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), AE, 14, págs. 107 y sígs.]

ca dominante a la descarga de energía. En el ello no hay nada que pueda equipararse a la negación {Negation}, y aun se percibe con sorpresa la excepción al enunciado del filósofo según el cual espacio y tiempo son formas necesarias de nuestros actos anímicos.¹⁶ Dentro del ello no se encuentra nada que corresponda a la representación del tiempo, ningún reconocimiento de un decurso temporal y -lo que es asombroso en grado sumo y aguarda ser apreciado por el pensamiento filosófico- ninguna alteración del proceso anímico por el trascurso del tiempo.¹⁷ Mociones de deseo que nunca han salido del ello, pero también impresiones que fueron hundidas en el ello por vía de represión, son virtualmente inmortales, se comportan durante décadas como si fueran acontecimientos nuevos. Sólo es posible discernirlas como pasado, desvalorizarlas y quitarles su investidura energética cuando han devenido concientes por medio del trabajo analítico, y en eso estriba, no en escasa medida, el efecto terapéutico del tratamiento analítico.

Sigo teniendo la impresión de que hemos sacado muy poco partido para nuestra teoría analítica de ese hecho, comprobado fuera de toda duda, de que el tiempo no altera lo reprimido. Y, en verdad, parece abrírsenos ahí un acceso hacia las intelecciones más profundas. Por desgracia, tampoco yo he avanzado gran cosa en esa dirección.

Desde luego, el ello no conoce valoraciones, ni el bien ni el mal, ni moral alguna. El factor económico o, si ustedes quieren, cuantitativo, íntimamente enlazado con el principio de placer, gobierna todos los procesos. Investituras pulsionales que piden descarga: creemos que eso es todo en el ello. Parece, es verdad, que la energía de esas mociones pulsionales se encuentra en otro estado que en los demás distritos anímicos, es movable y susceptible de descarga con ligereza mucho mayor,¹⁸ pues de lo contrario no se producirían esos desplazamientos y condensaciones que son característicos del ello y prescinden tan completamente de la cualidad de lo investido -en el yo lo llamaríamos una representación- ¡Qué daríamos por comprender mejor estas cosas! Además, ven ustedes que estamos en condiciones de indicar para el ello otras propiedades y no sólo la de ser inconciente, y discernen la posibilidad de que partes del yo y del superyó sean inconcientes sin poseer los mismos caracteres primitivos e irracionales.¹⁹

El mejor modo de obtener una caracterización del yo como tal, en la medida en que se puede separarlo del ello y del superyó, es considerar su nexo con la más externa pieza de superficie del aparato anímico, que designamos como el sistema *P-Cc* {percepción-conciencia}. Este sistema está volcado al mundo exterior, medía las percepciones de este, y en el curso de su función nace dentro de él el fenómeno de la conciencia. Es el órgano sensorial de todo el aparato, receptivo además no sólo para excitaciones que vienen de afuera, sino para las que provienen del interior de la vida anímica. Apenas si necesita ser justificada la concepción según la cual el yo es aquella parte del ello que fue modificada por la proximidad y el influjo del mundo exterior, instituida para la recepción de estímulos y la protección frente a estos, comparable al estrato cortical con que se rodea una ampollita de sustancia viva. El vínculo con el mundo exterior se ha vuelto decisivo para el yo; ha tomado sobre sí la tarea de subrogarlo ante el ello y por la salud del ello, que, en su ciego afán de satisfacción pulsional sin consideración alguna por ese poder externo violentísimo, no escaparía

¹⁶ [Alude, por supuesto, a Kant. Cf. Más allá del principio de placer (1920g), AE, 18, pág. 28.]

¹⁷ [En la sección V de «Lo inconciente» (1915e), AE, 14, pág. 184, n. 4, se da una nómina completa de las muy frecuentes referencias de Freud a este punto, que se remontan a sus primeros escritos.]

¹⁸ [En muchos pasajes de sus obras menciona Freud esta diferencia. Véase, en especial, «Lo inconciente» (1915e), AE, 14, pág. 185, y Más allá del principio de placer (1920g), AE, 18, págs. 26-

7. En esos dos lugares atribuye la distinción a Breuer, teniendo presente, al parecer, una nota al pie de la contribución teórica de este último a Estudios sobre la histeria (1895d), AE, 2, págs. 205

-6. En «Lo inconciente» (loc. cit.) afirma que «este distinguo sigue siendo hasta hoy nuestra intelección más profunda en la esencia de la energía nerviosa». Cf. también infra, pág. 83n.]

¹⁹ [Esta descripción del ello se basa, en lo fundamental, en la sección V de «Lo inconciente» (1915e).]

al aniquilamiento. Para cumplir esta función, el yo tiene que observar el mundo exterior, precipitar una fiel copia de este en las huellas mnémicas de sus percepciones, apartar mediante la actividad del examen de realidad lo que las fuentes de excitación interior han añadido a ese cuadro del mundo exterior. Por encargo del ello, el yo gobierna los accesos a la motilidad, pero ha interpolado entre la necesidad y la acción el aplazamiento del trabajo de pensamiento,²⁰ en cuyo trascurso recurre a los restos mnémicos de la experiencia. Así ha destronado al principio de placer, que gobierna de manera irrestricta el decurso de los procesos en el ello, sustituyéndolo por el principio de realidad, que promete más seguridad y mayor éxito.

También el vínculo con el tiempo, tan difícil de describir, es proporcionado al yo por el sistema percepción; apenas es dudoso que el modo de trabajo de este sistema da origen a la representación del tiempo.²¹ Ahora bien, lo que singulariza muy particularmente al yo, a diferencia del ello, es una tendencia a la síntesis de sus contenidos, a la reunión y unificación de sus procesos anímicos, que al ello le falta por completo. Cuando en lo que sigue tratemos sobre las pulsiones en la vida anímica, cabe esperar que lograremos reconducir a sus fuentes este carácter esencial del yo.²² Por sí solo produce aquel alto grado de organización que necesita el yo para sus mejores operaciones. El yo se desarrolla desde la percepción de las pulsiones hasta su gobierno, pero este último sólo se alcanza por el hecho de que la agencia representante de pulsión es subordinada a una unión mayor, acogida dentro de un nexo. Ajustándonos a giros populares, podríamos decir que el yo subroga en la vida anímica a la razón y la prudencia, mientras que el ello subroga a las pasiones desenfrenadas.

Hasta ahora nos hemos dejado impresionar por el recuento de las excelencias y aptitudes del yo; es tiempo de considerar el reverso de la medalla. En efecto, el yo es sólo un fragmento del ello, un fragmento alterado de manera acorde al fin por la proximidad del mundo exterior amenazante. En el aspecto dinámico es endeble, ha tomado prestadas del ello sus energías, y alguna intelección tenemos sobre los métodos -podría decirse: las tretas- por medio de los cuales sustrae al ello ulteriores montos de energía. Sin duda que una de esas vías es, por ejemplo, la identificación con objetos conservados o resignados. Las investiduras de objeto parten de las exigencias pulsionales del ello. El yo al comienzo se ve precisado a registrarlas. Pero, identificándose con el objeto, se recomienda al ello en remplazo del objeto, quiere guiar hacia sí la libido del ello. Ya hemos averiguado que en el curso de la vida el yo acoge dentro de sí gran número de tales precipitados de antiguas investiduras de objeto. En el conjunto, el yo se ve obligado a realizar los propósitos del ello, y cumple su tarea cuando descubre las circunstancias bajo las cuales esos propósitos pueden alcanzarse lo mejor posible. Podría compararse la relación entre el yo y el ello con la que media entre el jinete y su caballo. El caballo produce la energía para la locomoción, el jinete tiene el privilegio de comandar la meta, de guiar el movimiento del fuerte animal. Pero entre el yo y el ello se da con harta frecuencia el caso no ideal de que el jinete se vea precisado a conducir a su rocín adonde este mismo quiere ir.

²⁰ [El examen de esto se retoma infra, págs. 82-3.]

²¹ [Cierta indicación sobre lo que Freud quiso decir aquí se halla en su «Nota sobre la "pizarra mágica"» (1925a), AE, 19, pág. 247.]

²² [En verdad, Freud no se vuelve a ocupar del tema, aparentemente, en las presentes conferencias. - Esta característica del yo había sido estudiada en detalle en Inhibición, síntoma y angustia (1926d), AE, 20, págs. 93-6. La tendencia del yo a la síntesis es especialmente destacada en los escritos de la última época de Freud (entre otros, en ¿Pueden los legos ejercer el análisis? (1926e), AE, 20, pág. 184), pero el concepto estaba implícito en el modelo del yo que trazó en los primeros tiempos. Así, por ejemplo, desde el período de Breuer designó casi siempre como «representaciones inconciliables» a aquellas que no pueden ser sintetizadas por el yo. Esta expresión ya figura en el primer trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1894a), AE, 3, pág. 53, n. 18.]

El yo se ha divorciado de una parte del ello mediante resistencias de represión {de desalojo}. Pero la represión no se continúa en el interior del ello. Lo reprimido confluye con el, resto del ello.

Un refrán nos previene que no se debe servir a dos amos al mismo tiempo. El pobre yo lo pasa todavía peor: sirve a tres severos amos, se empeña en armonizar sus exigencias y reclamos. Estas exigencias son siempre divergentes, y a menudo parecen incompatibles; no es raro entonces que el yo fracase tan a menudo en su tarea. Esos tres déspotas son el mundo exterior, el superyó y el ello. Si uno sigue los empeños del yo por darles razón al mismo tiempo -mejor dicho, por obedecerles al mismo tiempo-, no puede arrepentirse de haber personificado a ese yo, de haberlo postulado como un ser particular. Se siente apretado desde tres lados, amenazado por tres clases de peligros, frente a los cuales en caso de aprieto reacciona con un desarrollo de angustia. Por su origen en las experiencias del sistema percepción está destinado a subrogar los reclamos del mundo exterior, pero también quiere ser el fiel servidor del ello, mantenerseavenido con el ello, recomendársele como objeto, atraer sobre sí su libido. En sus afanes por mediar entre el ello y la realidad se ve obligado con frecuencia a disfrazar los mandamientos *icc* del ello con sus racionalizaciones *prcc*, a encubrir los conflictos del ello con la realidad, a simular con insinceridad diplomática una consideración por la realidad aunque el ello haya permanecido rígido e inflexible. Por otra parte, el riguroso superyó observa cada uno de sus pasos, le presenta determinadas normas de conducta sin atender a las dificultades que pueda encontrar de parte del ello y del mundo exterior, y en caso de inobservancia lo castiga con los sentimientos de tensión de la inferioridad y de la conciencia de culpa. Así, pulsionado por el ello, apretado por el superyó, repelido por la realidad, el yo pugna por dominar su tarea económica, por establecer la armonía entre las fuerzas e influjos que actúan dentro de él y sobre él, y comprendemos por qué tantas veces resulta imposible sofocar la exclamación: «¡La vida no es fácil!». Cuando el yo se ve obligado a confesar su endeblez, estalla en angustia, angustia realista ante el mundo exterior, angustia de la conciencia moral ante el superyó, angustia neurótica ante la intensidad de las pasiones en el interior del ello.

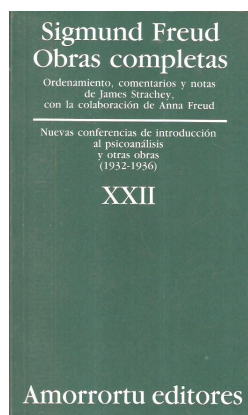
Quisiera figurar en un gráfico modesto las constelaciones estructurales de la personalidad anímica, que he desarrollado ante ustedes; helo aquí:



Aquí ven ustedes que el superyó se sumerge en el ello; en efecto, como heredero del complejo de Edipo mantiene íntimos nexos con él; está más alejado que el yo del sistema percepción.²³ El ello comercia con el mundo exterior sólo a través del yo, al menos en este esquema. Hoy nos resulta difícil, por cierto, decir en qué medida el gráfico es correcto; en un punto seguramente no lo es. El espacio abarcado por el ello inconciente debería ser incomparablemente mayor que el del yo o el de lo preconciente. Les ruego que lo rectifiquen ustedes mentalmente.

²³ [Si se compara este diagrama con el que aparece en *El yo y el ello* (1923b), AE, 19, pág. 26, se apreciará como principal diferencia que en ese gráfico anterior no figuraba el superyó. Esta ausencia es justificada en un pasaje posterior de la misma obra (ibid., pág. 38). En la primera edición de estas conferencias, así como en *El yo y el ello*, el diagrama se presentaba, como aquí, en forma vertical. Por alguna razón (tal vez para ahorrar espacio), tanto en las *Gesammelte Werke* como en los *Gesammelte Schriften* apareció apaisado, sin ninguna otra modificación.]

Y ahora he de hacerles todavía una advertencia para concluir estos difíciles y acaso no convincentes desarrollos. No deben concebir esta separación de la personalidad en un yo, un superyó y un ello deslindada por fronteras tajantes, como las que se han trazado artificialmente en la geografía política. No podemos dar razón de la peculiaridad de lo psíquico mediante contornos lineales como en el dibujo o la pintura primitiva; más bien, mediante campos coloreados que se pierden unos en otros, según hacen los pintores modernos. Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado. No juzguen con demasiada dureza este primer intento de volver intuible lo psíquico, tan difícil de aprehender. Es muy probable que la configuración de estas separaciones experimente grandes variaciones en diversas personas, y es posible que hasta se alteren en el curso de la función e involucionen temporariamente. Algo de esto parece convenir en especial a la diferenciación entre el yo y el superyó, la última desde el punto de vista filogenético, y la más espinosa. Es indudable que eso mismo puede ser provocado por una enfermedad psíquica. Cabe imaginar, también, que ciertas prácticas místicas consigan desordenar los vínculos normales entre los diversos distritos anímicos de suerte que, por ejemplo, la percepción logre asir, en lo profundo del yo y del ello, nexos que de otro modo le serían inasequibles. Puede darse tranquilamente de que por este camino se alcance la sabiduría última de la que se espera toda salvación. De todos modos, admitiremos que los empeños terapéuticos del psicoanálisis han escogido un parecido punto de abordaje. En efecto, su propósito es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello.²⁴ Donde Ello era, Yo debo devenir. Es un trabajo de cultura como el desecamiento del Zuiderzee.



Freud, Sigmund

Obras completas: Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras: 1932-1936.—2a ed. 8a reimp.—Buenos Aires: Amorrortu, 2006.

V.22, 280 p.; 23x14 cm.

Traducción de José Luis Echeverry